

TROPIEZO

Por

Hernán Darío España

Estoy cayendo.

Digo eso con toda propiedad porque en este momento es lo más claro que tengo en mi vida. Justo ahora estoy cayendo, envuelto en la oscuridad que inunda el interior de mi casa en horas de la madrugada. El recuerdo de los sucesos previos a esta absurda situación es algo borroso, probablemente porque aún permanece en mí la bruma del sueño interrumpido; parece lejano el momento en que desperté y me encontré con el número rojo 2:00 allá en mi mesa de noche. Asumo que toda caída es producto de una sucesión de errores, como levantarse para ir al baño en el pasillo del segundo piso, sin encender la luz para no despertar a nadie, y sin abrir casi los ojos con el fin de no espantar las ganas de volver a dormir. Añadida la falsa asunción de creer que el perro, afuera del cuarto, está echado en su cama y no en la mitad del camino. En retrospectiva, todo apunta a que si alguien merecía caer era yo.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que abrí la puerta y mi pie derecho tropezó con el cuerpo mullido de la mascota? Porque ese es el punto concreto del tiempo y el espacio en el que abandoné el mundo de las certezas para, simplemente, caer. Mis pies dejaron de tocar el suelo; mis brazos todavía buscan inútilmente algo a qué aferrarse y mis ojos, abiertos ya del todo, son inútiles ante la negrura absoluta que rodea mi cuerpo. ¿Dónde están las paredes, dónde está el piso? No saber, no sentir, es terrible. Caigo sin un norte, sin parámetros que me permitan tomar decisiones. La única opción que realmente queda es dejarme llevar, una especie de abandono derrotista, acompañado de una fe insana en que todo puede salir bien.

Estoy cayendo.

Me lo repito varias veces porque no puedo hacer más. Mi vida antes de esto es un panorama nebuloso. Lo que queda es esta caída torturante hacia un futuro sin forma, sin ruta. ¿Por qué tarda tanto? ¿Por qué no siento de una vez el golpe con lo que sea? Prefiero la herida, el dolor, a esta punzante desazón. Anhelo chocar, rodar, alguna acción que de forma contundente verifique que sigo siendo parte del universo con todo su mecanismo de relojería.

Estoy cayendo.

Debería, gritar, supongo. Pero creo que una parte de mi cerebro sigue creyendo que está dormido, que esto es una pesadilla loquísima de la que despertará en cualquier momento; la otra parte, la más grande, se dedica a buscarle sentido a todo esto. Dado que ambas acciones son inútiles, estoy a merced de este oscuro destino sin respuestas y sin auxilios.

Estoy cayendo.

Y al mismo tiempo también va cayendo mi esperanza de que todo saldrá bien. ¿Estoy asistiendo a mi último momento en este mundo? Supongo que vería pasar ante mí todos los recuerdos de mi vida, si no fuera por esta oscuridad malsana que seguro los cubre inmisericorde. ¿Y si de verdad ya estoy en el tránsito al más allá y no me he dado cuenta? Esto podría ser el tan sonado túnel que te recibe con una luz al final... solo que debe haber un derrumbe del otro lado. No, esa línea de pensamiento es una falacia. Alcanzo a percibir mi respiración agitada, que va casi al mismo ritmo de un corazón que salta más que palpita. Por tanto, debo estar vivo, qué bien. Aunque nada garantiza que en el próximo segundo prevalezca tal estado de cosas. Habrá que esperar.

Estoy cayendo.

No puedo decir otra cosa, porque no hay más que decir. Me siento como los astronautas del cuento de Bradbury flotando en el espacio exterior, aguardando el momento de morir de tantas maneras posibles. ¿Acaso he salido del planeta por algún agujero de gusano que se ha abierto aquí en el pasillo del segundo piso de mi casa? La ausencia de estrellas me indicaría que no solo soy turista del espacio exterior, sino que estoy siendo succionado también por un hoyo negro y estoy justo en el horizonte de sucesos, el punto sin vuelta atrás, el punto de partida hacia un universo paralelo o un deceso doloroso y estéticamente repulsivo... O tal vez se trate de la madriguera de un conejo, como le sucedió a Alicia, y llegue al país de las maravillas donde me reciba un gato sonriente. ¿Es posible que un conejo haya hecho un foso aquí? Tendría que ser uno con pico y pala, pero, oye, viene de un mundo mágico, así que todo es posible. Al menos suena mejor que terminar como un escombros espacial. Pueden ser tantas cosas ya. ¿Por qué sigo cayendo? No obtener respuesta a ello hace que mi mente ociosa me lleve a la lectura de "El pozo y el péndulo" de Poe; pero prefiero la cuchilla pendular que me parta en dos a creer que, en mi caso, caigo por un pozo sin fondo de una mazmorra increíble. ¿O se trata de una entrada al infierno? ¿Voy en caída libre al reino del ángel rebelde que me precedió en este camino? A estas alturas (da risa usar esta palabra) me puedo creer que mi casa es una entrada hacia el averno; tan solo confío en que mis pecados sean más bien pocos para atenuar la sentencia.

Estoy cayendo.

Y después de que mi mente ya ha barajado estas posibilidades literarias, una alternativa comienza a seducirme con un canto de sirena que me sobrecoge el corazón. ¿Y si no hay nada? ¿Si esto es literalmente La Nada? Sin tiempo ni espacio. Mi tropiezo quizás me haya sacado de la realidad como tal y me encuentro en un

punto neutro, en donde no importan los antes ni los después, donde no hay nadie, donde no hay cosa alguna, donde no hay respuestas; donde no existen suelos, ni paredes, ni relojes con números rojos, ni perros con los cuales tropezarse. El vacío absoluto. Aunque falso, porque hay algo en esa aparente nulidad del todo. Queda conmigo el pánico aplastante de saberme perdido sin remedio, de comprender que ya no importo, que no voy a ninguna parte, que nadie me espera, que es inútil hacer algo, que no merece la pena soñar, y que tendré que vivir con eso por toda una eternidad. Miento, hay algo más que acompaña al pánico; se trata del germen de una locura que quiere nacer para enredarse en lo que me queda de razón y aplastar de lleno cualquier rezago de identidad, de introspección y, de paso, de esperanza, así sea inútil. Caigo, aterrorizado por una emergente demencia que tiene su génesis en el mismo terror. Un círculo vicioso que oprime, que angustia, pero que, lamentablemente, no mata.

Estoy cayendo.

Ahora repito este mantra una y otra vez porque pensar en ello al menos me da la sensación de que voy en alguna dirección, de que la Nada es un mito, producto de mi imaginación. Prefiero eso. Me aferraré a eso, sí. Es una tabla, endeble, pero al fin y al cabo algo objetivo al que me abrazo desesperado para seguir manteniéndome a flote en este mar oscuro e insondable.

La otra alternativa es horrorosa.

Estoy cayendo, estoy cayendo, estoy cayendo, estoy cayendo...